



Capítulo 379 - Morrigan, la diosa de la muerte y la guerra (Parte I)

"Duerme bien", murmuró Vergil, besando suavemente la frente de Ada. Su respiración ya era lenta y profunda—su cuerpo finalmente se rindió. Había llegado a su límite, pero se mantuvo firme hasta el final.

Durante todo ese tiempo con él... nueve días que desafiaron cualquier estándar de agotamiento... Ada había utilizado perfectamente la técnica que él mismo había compartido con ella y Rafaeline. Aceleración de la sangre, un control casi alquímico del cuerpo, que optimizaba cada célula, cada latido del corazón a través de la sangre.

Pero Ada fue más allá. Ella no sólo dominó la técnica, sino que la transformó. Creó su propia variación, centrada en conservar energía y aumentar la resistencia. El resultado fue... sorprendente incluso para alguien como Virgilio.



Nueve días.

Intenso.

Agotador.

Inolvidable.

Vergil se estiró, sus tensos músculos se relajaron con el discreto crujido de sus articulaciones. Sus ojos escanearon brevemente la habitación —la acogedora luz tenue, las sábanas arrugadas, el cuerpo dormido de una de las



mujeres más hermosas del mundo en sus ojos... y bueno, estaba muy feliz de verla satisfecha después de tanto... libertinaje.

Pero él lo sabía: todavía quedaba trabajo por hacer.

La energía que sentía... persistió.

Frío, antiguo, impaciente.

Vino desde abajo. Desde la planta baja.

Ella todavía estaba allí.

La mujer con olor a muerte y ojos dorados.

Vergil dejó escapar un suspiro largo y prolongado, pasando los dedos por su cabello ahora completamente seco. Su mirada se encontró con su lejano reflejo en el espejo y frunció el ceño cuando vio su propia expresión agotada y sus ojos violetas brillando en la tenue luz.

"Esta mierda... "Me parezco a Madara", murmuró para sí mismo, sin humor. Inclínó la cabeza, analizando su propio reflejo. "Ni siquiera para conseguir un Rinne como bonificación"

Suspiró de nuevo, esta vez más profundamente, y luego habló en voz baja, como si llamara a algo que vive entre mundos.

"Itarina."





Una sombra negra se desprendió del aire y se materializó en su hombro en forma de un pequeño dragón chibi con ojos brillantes. Flotaba suavemente, sus alas ondeaban con silenciosa elegancia.

"¿Quién está ahí abajo?" preguntó, sabiendo ya la respuesta pero queriendo confirmarla.

Itarine giró en el aire, como una bailarina perezosa, y luego respondió con su voz ligeramente aguda:

"Hmm... concentración de nivel intermedio de energía de la Muerte, con antiguos restos de poder de Guerra y algo de... Fertilidad, creo. Para mí eso suena a Morrigan. Diosa celta, excéntrica. En los mitos se dice que ella es la Dama de la Muerte, de la Guerra y sí, también de la Fertilidad... pero ya sabéis cómo son los humanos: convierten a los dioses en arquetipos baratos"

Vergil levantó una ceja.

"¿Qué tan fuerte?"

"Oficialmente, debe ser la tercera figura más poderosa del panteón celta. Ella se ubica detrás de Lugh —dios del sol, maestro de mil habilidades— y Dagda, el Padre de los Dioses. Pero... ¿honestamente? Itarine se encogió de hombros y giró en el aire. "Depende del día y de su estado de ánimo. Y cuántas copas de vino ha tomado."

En ese momento apareció otra presencia —pequeña, pero testaruda.

"No me gusta", gruñó Fenrhaem, manifestándose junto a Itarine en la forma de un pequeño lobo flotante con pelaje erizado.





"Su olor es más fuerte que el del maestro. "Tengo la nariz irritada."

Vergil le entrecerró los ojos.

"Ni siquiera tienes nariz."

"Metáfora espiritual", murmuró el lobo.

"Estúpida metáfora", respondió Vergil, alejándose ya hacia la puerta, poniéndose una camisa oscura sobre el hombro.

Itarine aterrizó sobre su otro hombro y preguntó: "¿Qué vas a hacer?"

"Despedirla." Abrió la puerta. "Ella quiere zafiro, ya han pasado tres horas."

Las dos criaturas flotantes —Itarine y Fenrhaem— se miraron, sabiendo que era hora de regresar a la oscuridad. Con un gesto casi imperceptible de Virgilio, ambos se disolvieron en el aire, fluyendo como humo negro hasta desaparecer en su propia sombra, donde vivieron entre latidos del corazón y suspiros silenciosos.

Virgilio bajó las escaleras con escalones perezosos pero pesados. Cada paso parecía emitir un ligero crujido que resonaba en la casa silenciosa, el tipo de silencio que sólo existía cuando algo viejo e incómodo insistía en esperar.

Cuando dobló la esquina y cruzó el umbral del salón, se detuvo.

Allí estaba ella.





Morrigan.

Acostada lánguidamente en el sofá, con una pierna cruzada sobre el respaldo, una botella de cerveza en la mano —la tercera, al menos— y una caja medio vacía a su lado.

¿En la televisión? Fútbol. Algún juego europeo al azar. Probablemente Alemania contra algún país báltico. Morrigan parecía absorta, animando a un equipo vestido de negro y rojo como si fuera una fan incondicional.

"..."Tienes que estar bromeando", dijo Vergil, deteniéndose con los brazos cruzados en la puerta.

Morrigan giró la cara lentamente, como si acabara de recordar que había otras personas en el mundo además de los jugadores en el campo.

"Oh, mira", dijo con una sonrisa perezosa y burlona. "Te tomaste tu tiempo."



Vergil miró la caja y luego a ella.

"¿Por qué sigues aquí?"

"Porque me dijiste que hiciera lo que quisiera", respondió ella, encogiéndose de hombros. "Y yo quería esto. Cerveza, sofá y fútbol. Por cierto, tienes un buen servicio de streaming. Pensé que no sería más que tortura y fantasmas."

"Esa fue una figura retórica", dijo en serio. "El 'haz lo que quieras' era como... No sé, caminar en las sombras, iniciar una guerra, retrasar el fin del mundo... ¿pero esto? Señaló toda la escena. "Esto es profanación de una residencia."



Morrigan tomó otro sorbo, se golpeó los labios y sonrió.

"Tienes que aprender a ser más específica, cariño."

"¿Y qué pasa con las cervezas?"

"Estaban en el frigorífico. Lo primero que aprendí en los reinos modernos: nunca preguntes, simplemente abre."

Virgilio cerró los ojos por un segundo, respirando profundamente como si reflexionara si realmente valía la pena vivir otro día.

Dijiste que querías hablar con Zafiro. Han pasado tres horas."

"Sí. Y ella todavía no ha aparecido." Morrigan chasqueó los dedos y otra botella voló hacia su mano como por arte de magia. "Me estoy aburriendo. Una hora más y convocaré a mis cuervos y comenzaré una guerra"



La cara de Virgilio se puso completamente roja... Suspiró nerviosamente y cogió su móvil.

Seleccionó el contacto de Zafiro...

"Hay una mujer llamada Morrigan buscándote aquí. Ven rápido. Ella me está molestando."